

# EL PORVENIR DEL OBRERO

## La revolución en Rusia

Por fin, después de tantas tormentas preliminares, la Rusia ha entrado en un período de revolución. No son motines é insurrecciones solamente, sino que todo induce á creer que es una revolución que comienza, semejante á las que vivió Inglaterra en 1645-1655 y Francia en 1788-1793. Un período de cinco, seis, diez años, durante los cuales ningún gobierno fuerte podrá establecerse y que el pueblo aprovechará para remodelar profundamente toda la estructura de la sociedad rusa y para transformar, por medio de expropiaciones, practicadas en gran escala sobre el terreno, las bases mismas de las relaciones económicas actuales.

Que la autocracia ha terminado su tiempo en Rusia, todo el mundo está de acuerdo para reconocerlo. Sus mismos defensores no la defienden sino á medias; hablan de «regenerarla». Pero todavía hay más. Todo el edificio político cae podrido y á cualquier lado dirija uno sus miradas ha de ver que la inmensa máquina, con sus mil ruedas dislocadas, no puede seguir funcionando. Se ve ya este síntoma seguro de las revoluciones: aun cuando los funcionarios pongan mano á la obra para reformar, no pueden llegar á nada positivo.

En el inmenso imperio, la vida local ha hecho progresos inmensos después de la liberación de los siervos. Ya no es posible gobernar esa vida por medio de funcionarios y de prefectos. En cada provincia, en cada localidad, surgen cada día necesidades nuevas, características de la misma provincia y de la misma localidad. Entretanto el Estado, fiel á su tradición, no quiere permitir á nadie que se organice para la satisfacción de estas necesidades. Prohíbe organizar la instrucción, las relaciones con la Iglesia, la agricultura moderna, los transportes, las provisiones, por miedo de que las nuevas organizaciones que surgieran con estos objetos no invadieran las atribuciones del poder central, de la autocracia. Aunque se comience en una aldea, hay la seguridad de chocar bien pronto con el poder central y de ver la empresa muerta por Petersburgo. Todo se detiene, todo muere, nada tiene éxito bajo ese viento pútrido que se esparce desde los ministerios de la capital hasta los confines más lejanos del imperio.

Todo el mundo se dice: «No, esto no puede continuar. Las reformas parciales no servirían de nada. ¿A qué viene hablarnos de autonomía local, si Peterburgo lo devoraría todo, como ha devorado ya la autonomía de Polonia y de la Georgia y está en camino de destruir la de Filandia? Es preciso blandir el hacha sobre la autocracia misma!»

Sobre esto, los que se atreven á pensar, los que conocen la vida rusa y poseen al mismo tiempo el espíritu revolucionario—los que podríamos llamar anarquistas inconscientes por el momento—añaden: «Muy bien, pero no es bastante. Esto es aún la utopía gubernamental! Nunca la vida local podrá despertarse suficientemente sin que una sacudida revolucionaria le dé un nuevo espíritu y nuevas costumbres de independencia y de acción espontánea. Nunca esta vida que deseáis podrá producirse sin que las condiciones económicas actuales sean transformadas por completo. En tanto que al campesino le falta el pan todos los años desde el mes de Enero, y en tanto que la pobreza de

los campesinos y las hambres periódicas lanchen sin cesar hambrientos sobre la ciudad, prestos á dejarse explotar en cualesquiera condiciones, la masa del pueblo permanecerá sometida á los funcionarios y será juguete del absolutismo.—No queréis un gobierno absoluto. Muy bien. Pero es preciso querer también la condición necesaria para su caída: que los campesinos no mueran periódicamente de hambre! No pongáis el arado delante de los bueyes. ¿Acaso la Francia se habría nunca regenerado por la Revolución si los campesinos, á pesar de los edictos draconianos de la Constituyente y de la Legislativa, no se hubiesen apoderado de las tierras. Decir «la Constitución primero y luego el pan» es engañar á la gente y engañarse á sí mismo con mentiras convencionales.

Los intelectuales de la burguesía se dan cuenta perfectamente de que nuevas necesidades han tomado gran incremento en Rusia: adivinan que si se tradujesen en términos tomados de la historia moderna de Francia, habría que decir que las aspiraciones del pueblo ruso se dirigen hacia la *Commune*—independiente y popular, como la de París, en la ciudad y en los campos. En el fondo, esto es muy natural. La misma idea dominaba ya en América en 1773, cuando la rebelión de las colonias inglesas contra el rey de Inglaterra. Es la idea que dió á las comunas y á las parroquias de los Estados Unidos esta libertad y esta independencia que han conservado hasta nuestros días—independencia sin la cual la República no habría nunca podido mantenerse.

Los intelectuales de la burguesía comprenden la tendencia de este movimiento, y procuran limitarla por adelantado y encauzarla, por medio de una Constitución.

¿Qué quiere en este momento el pueblo ruso? Quiere, como el pueblo de París había querido en 1871 y los americanos quisieron en 1773, la comuna independiente en absoluto, que «sea todo ó nada»; que regule ella misma sus relaciones fundamentales, sus disposiciones industriales y comerciales; que disponga según su voluntad de sus posesiones, de su territorio, de sus riquezas, en interés de todos, de su educación, de su religión, de sus medios de defensa; y que se federe con otras comunas y territorios según las necesidades.

Esto es precisamente lo que la burguesía rusa, siguiendo las huellas de la burguesía francesa y americana, trabaja ya por impedir.—«Vosotros iréis hasta aquí», dice al pueblo, «hasta la Constitución, pero no iréis más lejos!»—Podréis elegir entre una Cámara ó dos, nombrareis un diputado (un burgués casi siempre) por 200.000 habitantes diseminados en un territorio tan grande como un canton suizo; nombrareis también vuestras asambleas provinciales, limitadas, entiéndase bien, á sus funciones, pero después de esto, deberéis esperar de nosotros la solución de las cuestiones que os interesen. ¿Pretendéis que la cuestión de la posesión del suelo os apasiona más que las otras? Nosotros nos ocuparemos en ella. Pero vosotros dejaréis esto á los comités, que informarán al Parlamento, y el Parlamento verá. ¿Decís que profesáis una religión diferente que las patrocinadas por el Estado? Muy bien. Ya veremos un día cuales religiones os ha de ser permitido profesar. ¿Decís también

que es locura derrochar miles de millones para el ejército y rehusar millones á la instrucción? Hablad de ello á vuestro diputado. El se entenderá con los otros y veremos cuales colonias tiene la burguesía interés en conservar y cuales otras nos prometen menos riquezas. Entonces haremos el presupuesto militar y luego veremos lo que podrá concederse á la instrucción. Pero, sobre todo, guardaos de hablar de comuna.—El Estado, si os parece, y el Estado no es ni Luis XIV, ni el pueblo: soy yo, la burguesía!

Felizmente, estos señores, tan fuertes en política, son débiles como niños cuando se trata de arriesgar algo para conseguir la victoria. Su acción depende exactamente del grado de libertad que el gobierno autócrata tenga á bien concederles. Por esto, para forzar al gobierno á concederles ventajas cuentan sobre todo con las victorias de los japoneses, igual que los girondinos contaban con las victorias de Brunswick, porque, temiendo al pueblo más aun que á la realeza, rehusaban llamar hombres á las armas, el pueblo, como querían los *cordeliers* (1) y el mismo Robespierre.

Felizmente, el pueblo no espera sus órdenes, ni su permiso para comenzar. Los cien mil trabajadores de Petersburgo, que decidieron el 22 de Enero arrancar al Czar el juramento revolucionario ó caer bajo las balas de sus soldados, aquellos primeros héroes de la revolución que se apodera de las calles, hicieron más para despertar al pueblo que todos los llamamientos de los intelectuales. La impresión producida por aquella matanza tardará sin duda algun tiempo en llegar á las aldeas; pero el fermento está en acción y de diversas partes de la Rusia nos viene la noticia de levantamientos de campesinos.

Aquí toman de las casas de los señores el trigo que les hace falta. Allí se apoderan de la tierra de los señores y la ponen en cultivo mientras en el Cáucaso la población de todo un distrito de más de 150.000 habitantes, la Gonria, ha licenciado á todas las autoridades establecidas y proclamado precisamente la *Commune* rural de todo el territorio, el prototipo del Territorio-Comuna cuya idea está tan esparcida entre los trabajadores del Oeste americano.

Inútil es decir que esta acción de los campesinos provoca ya el terror de los burgueses y de los social-demócratas. Estos, hipnotizados por el espejo de la «conquista de los poderes», hablan ya en público de la guillotina que reservan á los que osaren «expropiar»,—la expropiación no entra evidentemente en los planes de los Fenillan (2) ni de los Girondinos rusos... Pero el pueblo no encontró la misma oposición y los mismos odios en Inglaterra en 1648 y en Francia en 1793? No supo seguir su camino sin detenerse por ello?

Por otra parte, los intelectuales de la burguesía comprenden muy bien que sin los levantamientos populares ellos son absolutamente impotentes contra la autocracia, y durante algun tiempo se verán obligados á dejar hacer. Así es como se han producido todas las revoluciones—aprovechando el pueblo la desorganización del Estado—y de aquí hasta el momento en que nuestros gi-

(1) Del club revolucionario de los «cordeliers» ó franciscanos.

(2) Miembro de un club realista de Francia (1791-1792).

rondinos ó nuestros thermidorianos futuros puedan levantar sus guillotinas, el pueblo ruso, esperémoslo, sabrá realizar algunas de las grandes transformaciones sociales que nos ha legado el siglo diez y nueve—sobre todo si el pueblo de las naciones occidentales se deja también arrastrar por el soplo revolucionario que nos viene de la Rusia.

PEDRO KROPOTKINE

## Una conferencia de Renan

En 1869 fué Renan candidato á la diputación. Durante el período electoral dió en Lagny una admirable conferencia leída más tarde por M. Jean Psichari en el local de la Sociedad Científica de París.

Habló Renan de los servicios que la ciencia presta al pueblo:

«Es evidente, señores,—dijo—ante todo, que cada descubrimiento práctico del espíritu humano corresponde á un progreso moral, á un progreso de dignidad para la mayoría de los hombres. En los monumentos construídos hace más de tres mil años, los descubrimientos en las ruínas de Ninive hará próximamente tres décadas, está representada la manera como se erigían esos colosales que coronaban dichos monumentos, de los que pueden verse algunos modelos en el museo del Louvre. El sistema de tracción era de una simplicidad espantosa: centenares de hombres, uncidos y sujetos por el pescozo con una cuerda, tiraban con la tensión de todos sus músculos del toro colosal; para cada diez hombres había un encargado de trabajos que distribuía palos á diestro y á siniestro, como no se hacía entonces ni con los caballos. Eso es horrible, y su causa consiste en que por aquellos tiempos no había máquinas y se empleaba muy poco á los animales. Puede decirse que casi no tenían otro medio de tracción que los brazos del hombre.

Considerad ahora una antigua galera, uno de esos grandes navíos griegos, tan admirables por su construcción; ¿cuál era, señores, el motor? Todavía la fuerza de los brazos. Había en el fondo de aquellos barcos un verdadero infierno: centenares de criaturas humanas, amontonadas unas sobre otras, que vivían entre eternos gemidos, bajo los más crueles tratamientos, y, haciendo maniobrar los remos, imprimían la marcha necesaria á las galeras. Este sistema ha durado casi hasta nuestros días; de lo que fué el interior de una galera en tiempos de Luis XIV existen pinturas que lo acreditan. El espectáculo hace poner los pelos de punta y no sin razón la palabra galera continúa siendo sinónimo de los más terribles trabajos forzados.

¿El por qué de esos horrores? No había entonces vapores, porque el arte de navegar estaba poco adelantado. Los brazos del hombre aplicados directamente al remo eran el único propulsor. Considerad ahora nuestro más grande buque de vapor: la suma de esfuerzos musculares empleados en las maniobras es casi insignificante.

Había en la antigüedad otro trabajo tan penoso como el del remo: el de la molienda. No se contaba entonces ni con molinos de agua ni con molinos de viento, y se trituraba el grano á fuerza de brazo ó por medio de dos piedras de las cuales una era cónica y la otra se introducía en ella. Dar vueltas á la piedra era sinónimo del más cruel castigo. Los molinos actuales, han hecho desaparecer esta ocupación horrible.

Nada, ni aun las invenciones más homicidas, ha dejado de prestar servicios á la civilización. Antes del descubrimiento de la pólvora, el que tenía un buen caballo y una buena armadura era de tal modo superior al hombre desarmado que este no tenía más remedio que someterse á aquél. Después la pólvora y la artillería pusieron fin á la superioridad del caballero, del señor feudal. Todo hombre que tenga valor es igual á otro cualquiera. Entonces se crearon nuestros

grandes Estados modernos, negación del feudalismo. Nada prueba mejor, señores, como todas las partes de la humanidad son solidarias. Un descubrimiento hecho en tal extremo del mundo se convierte en instrumento emancipador y de progreso en tal otro extremo; un sabio aislado descubre una ley de la naturaleza, y esta ley, bien conocida, hace desaparecer suplicios, dolores y vergüenzas hereditarias; un cálculo abstracto conduce á veces á medidas de la más alta filantropía.»

Y Renan examina sucesivamente la influencia bienhechora ejercida por Ampère, por Oersedt, por Papin y por Wat que eran—decía—dos sabios, y por Galileo mismo y por Newton, aunque tan corto número de personas es capaz de comprender los cálculos de este último. Y luego agrega:

«He conseguido demostrar, señores, que esos estudios, en apariencia reservados á un pequeño número, son la fecunda matriz de inúmeros descubrimientos de los que todo el mundo se aprovecha; que el pueblo tiene muy grande interés en contar con sabios que trabajen por ensanchar el círculo de los conocimientos humanos; que los más bellos inventos salen de trabajos primeramente oscuros y aislados. Esas invenciones nada son comparadas con lo que todavía se puede hacer. Y el bien que de ellas resulta, comparado con el que aún se obtendrá, nada es.»

«¿Y qué no será—decía—si os hablo de las ciencias históricas y morales, de esos principios de dulzura, de humanidad, de tolerancia que son el más diáfano resultado de la filosofía moderna? ¿Qué si os hablara del día, en que las investigaciones aparentemente más especiales broten de la historia sobre la naturaleza de la humanidad, si os mostrara las luces que podemos sacar del conocimiento del pasado para la orientación del presente? La declaración de los Derechos del Hombre, fruto fué de los sabios. Voltaire, el hombre que más ha hecho en el mundo por el imperio del buen sentido, de la justicia y de la tolerancia, Voltaire salió de los estudios históricos y morales. El estudio profundo del pasado le reveló como la ignorancia, la superstición y el prejuicio engendran graves males.

Turgot y Condorcet bebieron igualmente en las fuentes de su inmenso saber ese admirable sentimiento del progreso que debía colocarlos tan altos entre los bienhechores de la humanidad. Esta ciencia que frecuentemente se mira como una especie de aristocracia desdeñosa, es, por el contrario, el respeto que se debe al pueblo, es la que enseña su historia y su porvenir.

La ciencia es como una cascada cuyo manantial estuviera en los ventisqueros de las montañas, en medio de las nieves, en una atmósfera donde muy pocas personas pueden vivir. De allí desciende en mil arroyos diversos y llega á las puertas de todos, convirtiéndose en un beneficio para todo el mundo. Bajo pretexto de que el ventisquero en donde tiene su nacimiento es demasiado elevado, guardémoslos bien de negar sus beneficios, ó en otros términos, guardémoslos bien de hacer como el salvaje que corta el árbol para cojer sus frutos. Hay, en efecto, un peligro real que espero evitará la sociedad moderna. Algunas personas superficiales, en presencia de los resultados prácticos de las ciencias, creen poder obtenerlos directamente sin las teorías físicas y químicas, sin las matemáticas, origen de esos prodigios. Para esas personas no hay nada más que las aplicaciones. Quieren el fruto sin el árbol, las consecuencias sin el principio. No soy de los que se inquietan desmedidamente por el error de algunos ni temo que la democracia comparta el error.

El porvenir, señores, pertenece á la democracia tanto en las cosas de la inteligencia como en las demás; un día vendrá en que sea menester contar con todo el mundo y no con algunas clases privilegiadas solamente. Lo que la influencia democrática

favorecerá con el tiempo será—yo me lo figuro—muy aristocrático. El arte que el pueblo alentará un día habrá de ser el gran arte, no las infantiles travesuras en que se complacen las épocas fatigadas. Mirad un museo: el pueblo no se detiene jamás delante de lo que se llama cuadro de género; va siempre derecho á los grandes asuntos. En 1848 durante las lecturas públicas no había más que las cosas muy bellas, Corneille, por ejemplo, que obtuvieran éxito. La literatura que el pueblo inspirará habrá de ser, así lo espero, una literatura noble, dirigida á los grandes sentimientos, no la frívola literatura que consiste en juegos de una guiación y esfuerzos de ejecución. El estilo que querrá el pueblo será el de buena ley, sencillo, natural, no ese lenguaje amanerado, inconstante á todos los vientos doctrinales que la fantasía individual trata de crear.

Yo espero así mismo que la democracia futura, sin entrar en el detalle de la ciencia, comprenderá por instinto fácilmente su espíritu y la ayudará. El pueblo comprenderá que el progreso de la investigación positiva es la más terminante adquisición de la humanidad y que esta adquisición tiene la mayor importancia sobre todo para aquellos á quienes emancipa y ennoblece.

El mundo sin ciencia es la esclavitud, es el hombre haciendo dar vueltas á la piedra de molino, sujeto á la materia, asimilada á la bestia de carga. El mundo mejorado por la ciencia será el reinado de la inteligencia, el imperio de los hombres libres.»

## Coloquio con la Vida

Estaban ante la Vida dos hombres, que eran otras tantas víctimas suyas.

—¿Qué me queréis?—les preguntó.

Uno de ellos contestó con voz lenta:

—Me rebelo ante la crueldad de tus contradicciones; mi espíritu se esfuerza en vano en penetrar el sentido de la existencia, y mi alma está invadida por las tinieblas de la duda. Sin embargo, la razón me dice que el hombre es el ser más perfecto del mundo...

—¿Qué reclamamos?—interrumpió impasible la Vida.

—Quiero la dicha... Y para poder realizarla, es preciso que concilies los dos principios opuestos que comparten mi alma, poniendo de apoyo mi «yo quiero» con tu «tú debes».

—No tienes nada que desear sino aquello que debes hacer por mí—contestó la Vida con dureza.

—No, yo no puedo desear ser tu víctima. ¿Por qué yo quisiera dominarte, estoy condenado á vivir bajo el yugo de tus leyes?

—Modera tu énfasis—le dijo el que estaba más cerca de la Vida. Pero sin fijarse en sus palabras el otro prosiguió:

—Yo quiero tener el derecho de vivir en armonía con mis aspiraciones. No quiero ser hermano ni esclavo de mi prójimo; por deber, seré su hermano ó su esclavo á mi gusto, obediendo á mi voluntad. Yo no quiero que la sociedad disponga de mí como de una piedra inerte que ayuda á edificar las prisiones de su ventura. Soy hombre, soy alma, soy espíritu, y debo ser libre.

—Espera,—dijo la Vida con una sonrisa helada.—Has hablado lo bastante y ya se todo lo que podrías añadir. ¿Pides tu libertad? ¿Por qué no la ganas? ¡Lucha conmigo! ¡Vénceme! Hazte mi señor, y yo seré tu esclava. No sabes con qué tranquilidad me someto siempre á los triunfadores. ¡Pero es necesario vencer! ¿Te sientes capaz de luchar conmigo para librarte de tu servidumbre? ¿Estás seguro del triunfo? ¿Confías en tu fuerza?

Y el hombre contestó:

—Me has arrastrado á un conflicto interior con mi propio yo; has afilado mi juicio, que, á la manera de una hoja mortífera, se hunde en lo más profundo de mi ser, aniquilándolo.

—Háblale con más valor, no te quejes—observó su compañero.

Pero el otro continuó:

—¡Ah, si la tiranía me concediese una tregua! Dejarme gozar de la dicha.

La Vida volvió a sonreír con su sonrisa de hielo.

—Dime; al dirigirte a mí, ¿exiges ó pides una gracia?

—Pido una gracia—contestó el hombre como un eco.

—Imploras como un mendigo de solemnidad; pero has de saber, pobre hombre, que la Vida no da limosnas. Has de saber que un ser libre no pide nada; se apodera por sí mismo de mis dones... Tú no eres más que el esclavo de mi voluntad. Sólo es libre aquel que sabe renunciar á todos los deseos para dedicarse enteramente á conseguir el fin elegido. ¿Has comprendido? Máchate.

El hombre había comprendido, y se tendió, como un perro dócil, á los pies de la Vida, para recoger humildemente las migajas de su festín.

Entonces las miradas de la Vida se dirigieron dulces hacia aquel que no había hablado aun, y cuyas facciones estaban llenas de bondad.

—¿Qué pides?

—No pido nada; lo exijo...

—¿Qué exiges?

—¿Dónde está la justicia? Dámela. Más tarde sabré conseguirlo todo... Por el momento sólo quiero la justicia. He esperado mucho tiempo con paciencia, con razones, sin el menor descanso. He esperado... pero llegó la hora, ¿Dónde está la justicia?...

—Tómatala—contestó la Vida impasible.

MÁXIMO GORKI

## La Imposible Fraternidad

Sin amigos, sin casa, sin dinero, sin fuerzas, el pobre hombre, en su extrema desnudez, era la viviente personificación de toda la Miseria humana. No teniendo más esperanza que en la Bondad, partió, indigente y vagabundo, en busca de una voluntad fraternal que le socorriese.

Se dirigió desde luego á un trabajador, que le dió un pedazo de pan con una palabra de piedad. No pudo darle más, porque tenía poco dinero, y los tesoros que poseía, su juventud y su fuerza, pertenecían á otro.

—No es uno libre de sí mismo! suspiró, señalando con un gesto el taller donde empleaba cada día sus tesoros en el servicio del patrono.

La Miseria continuó su camino. Habiendo entrado en una iglesia para calentarse oyó estas palabras: «Amaos los unos á los otros», descender de lo alto de una cátedra sobre un auditorio atento de mujeres elegantes. Concibiendo con esto una gran esperanza, siguió de lejos á una de aquellas mujeres, entró en su casa y le pidió socorro. Una sirvienta joven y burlona le aconsejó que tomase la puerta. Desde el primer piso la bella devota ordenó:

—Echadle! No dejéis que se le acerquen los niños. Dios mío!... introducirse así en las casas honradas.

Desde el segundo, se oyó el marido gritar con mal humor:

—Se ha de cerrar la puerta con llave! No hay manera de hacer cuentas tranquilamente con semejantes coloquios!

—Ya véis, concluyó la sirvienta, si yo hubiese podido daros alguna cosa, ya véis si una es libre...

El pobre hombre, sin rencor, comprendió que había parecido á aquellos burgueses súplico, repugnante, peligroso, porque era la Miseria. No osando ya entrar en las casas, se dirigió, al azar, á un transeúnte. Era un agente de policía que le condujo severamente á la delegación. Conciliador, el desgraciado quiso aun admitir, sin comprenderlo que la miseria es un delito. Y además, al recobrar por fin su libertad después de haber sufrido muchas angustias, había oído al agente declarar:

—Yo no he hecho sino cumplir el deber de

mi oficio; no era libre de obrar de otro modo.

Entonces, desesperado, el pobre hombre se puso á decir en alta voz:

—¿Quién, pues, podrá socorrerme?

—La Administración, le respondió un transeúnte, que continuó con énfasis satisfecho: tenemos establecimientos de Beneficencia, una organización de Asistencia pública que es el refugio de los desgraciados de vuestra especie y que os socorrerá mucho mejor que pudieran hacerlo los particulares.

Estas palabras Asistencia, Benificencia, llenaron al desgraciado de nueva esperanza y corrió á llamar á la puerta de la Administración. Ah! ésta le reservaba decepciones más crueles que las ya sufridas. En el hospital no se le pudo dar plaza porque «otros esperaban». En un asilo la razón fué que no tenía «la edad reglamentaria». Además por su carencia de «papeles» y por ser «vagabundo» le despidieron con desprecio.

—Pero á quien socorren, pues, si no quieren socorrer á la Miseria?

Y cada vez más lamentable, continuó sufriendo interminables y lúgubres esperas en las oficinas. Veía á empleados eternamente sumergidos entre legajos de papeles y que, cuando probaba de hablarles con mucha humildad, le respondían:

—Callad! Vos no entendéis de Administración. No somos libres para ocuparnos de vos.

En ninguna parte veía que alguno tuviese aspecto de maldad. A veces los ojos se humedecían á su presencia. Pero en todas partes hallaba el mismo gesto de impotencia y las mismas palabras, dichas con impaciencia ó disgusto: «No somos libres».

Entonces recomenzó su triste marcha errante, y de nuevo exclamó:

—Pero, en fin, quien será libre para socorrerme?

Los transeúntes tuvieron á bien dirigirle la palabra. Uno le dió la dirección de uno de sus amigos que, seguramente, le ayudaría. El pobre oyó como este hombre decía á su acompañante:

—Ese original de X..., medio loco, es capaz de tomar á este vagabundo bajo su protección.

Entonces una nueva esperanza conmovió todavía el corazón del infortunado. Siempre conciliador, se repetía, sin comprenderlo:

—Sin duda, tienen razón. Quizá es preciso estar loco para socorrer á la Miseria!

En la dirección indicada encontró á un hombre bueno y piadoso que escuchó con una inteligencia simpática el largo relato de sus dolores; después le consoló y le dió algún socorro.

—Desgraciadamente, añadió, yo no soy rico y no puedo ayudaros lo bastante. Id á encontrar á mi amigo X... Está en el poder y sostiene las doctrinas socialistas. Os acogerá como un hermano, os declarará que tenéis derecho á la felicidad, que debe ser repartida justamente entre todos los ciudadanos.

Aunque casi agotadas sus fuerzas, el infortunado estaba casi alegre el correr á casa del hombre político. Hubo que vencer muchas dificultades antes de llegar á su presencia. Al fin pudo verle, ocupado con sus secretarios, y todos parecían sobrecargados de trabajo.

—Yo soy la Miseria... se me ha dicho que sois bueno para los desgraciados.

—Ah! los desgraciados? dijo el otro sin mirarle siquiera al hablar, pero cogiendo solamente la palabra al vuelo... Hace seis meses que tengo un proyecto de asistencia para ellos y no hay medio de hacerlo votar; porque tenemos que trabajar mucho para impedir la caída del actual ministerio!

A estas palabras la Miseria se desplomó sobre el entarimado. Pero, antes de perder por completo el conocimiento, oyó aun la voz del hombre político que decía:

—Este hombre está borracho. Que se lo lleven. Ah! que fuerte convicción es necesaria para ocuparse del pueblo, á pesar de sus vicios que no se cura nunca!

La Miseria, abrumada, sin pensamiento, volvió maquinalmente á la casa del que había escuchado sus penas. Este se indignó por la manera como su amigo el socialista había recibido al desgraciado. Sin embargo, no era su carácter para prorrumpir en exclamaciones de cólera, sino para examinarlo todo con razón tranquila y perseverante.

—Este hombre no es, en realidad, culpable. El ejercicio del poder le quita la libertad de pensar y de obrar; y, verdaderamente, los trabajos de política no le dejan tiempo para socorrer ni siquiera escuchar á los desgraciados.

Recapitulando, pensativo, la eterna y sombría odisea de la Miseria, añadió:

—El obrero está impedido por su Esclavitud; el burgués por sus Prejuicios; el agente por la Ley; el empleado por la Administración; el socialista por la Política. Ninguno de estos hombres ha sido libre para ser bueno.

—Pero entonces, exclamó el desgraciado con un rayo de luz en su pobre espíritu oscurecido, si no hubiese Esclavitud, Prejuicios, Ley, Administración, Política, cada uno de estos hombres, escuchando á la Fraternidad, libremente y sencillamente, me hubiera socorrido? Y añadió, llegando á la inevitable conclusión:

—¿Por qué no rompen sus trabas? Quién les impide ser libres?

—No lo sé, dijo el otro con una dulce sonrisa filosófica. Creo que todavía no han pensado en ello.

ANNIE GÉRARD

## A los partidarios de la justicia verdad

En esta sociedad caduca y corrompida impera sólo la fuerza del dinero, acompañada del sable.

Es tan vano esperar peras del olmo, como justicia de los poderes de los Estados. La justicia sólo puede encontrarse en la igualdad de condiciones; sin ella la libertad, la igualdad y la razón siempre misticadas.

Ya puede venir la forma de gobierno que se quiera; por el mero hecho de gobernar ya se coarta la libertad de los gobernados. Todo poder está rodeado de fuerza, porque está fuera de la razón.

El enemigo de la justicia es el privilegio. La tierra, el sol, el aire, el agua, todas las cosas naturales, son anteriores al hombre y no deben pertenecer á ninguno en particular, porque todos las necesitamos para satisfacer nuestras necesidades. El primero que se posesionó de un pedazo de tierra y quitó á los demás el derecho de cultivarlo efectuó un robo. De ese robo nació el derecho de propiedad que hoy se llama *sagrado*.

La naturaleza no ha creado ningún hombre privilegiado. Los privilegios los han hecho los hombres; por lo tanto, los hombres pueden destruirlos.

El hombre ha creado á dios, al capital, al Estado. De él depende destruir estos males que afligen á la actual sociedad. Ya que el mal viene del hombre, á él toca curarlo y se demostrará culpable todo el que no contribuya á la curación con todos sus esfuerzos.

Unámonos como un solo hombre los partidarios de la justicia verdad y levantémoslos para destruir el ignominioso pedestal del privilegio que se sostiene sobre nuestras espaldas encorvadas. No es justo que unos manden y cobren, que otros paguen y obedezcan. No es justo que el que trabaja y produce se muera de hambre, mientras que el holgazan malgaste el fruto del trabajo ajeno. No es justo que el padre engendre hijos y que se los quiten porque es pobre y los lleven á morir en las guerras. No es justo que estos hijos hayan de matar á sus mismos padres en nombre de una ley bárbara cuando estos se rebelan pidiendo lo que es suyo. No es justo que los hijos del pobre hayan de servir á un burgués que les explota, á un

cacique que les tiraniza y á un papa que les excomulga. No es justo que las hijas de los obreros hayan de servir á la burguesía, muchas veces para saciar sus brutales apetitos y encaminarlas después á un lupanar. No es justo que los pobres tengan cerradas las puertas de las Universidades. Son grandes injusticias que deben desaparecer: la guerra, la ignorancia, la miseria, la esclavitud y el malestar.

Es preciso llegar á la igualdad de condiciones, de modo que todos participen de los bienes comunes de la naturaleza y el trabajo; que á nadie falte casa para albergarse, ni vestidos para cubrirse, ni tierra en que trabajar y procurarse el alimento. Entonces se habrá implantado el reinado de la Justicia Verdad, que nos dará la paz, la libertad y la fraternidad.

¿Cómo se podrá alcanzar todo esto? Con la huelga general revolucionaria.

JOSÉ PUJOL

Granollers.

## Hambre

Era una tarde del mes de Enero; el sol caminaba hacia el ocaso, cubierto por espesas nubes que parecían preñadas de tempestad...

Por la ancha calle X... de la industriosa villa V... pasaba con veloz carrera alguno que otro vehículo que conducía á algún rico personaje de la aristocracia, que huía á resguardarse de la tempestad que amenazaba...

Por la misma calle venía también, aunque con lento paso, un hombre en cuyo demacrado rostro notábanse las huellas del hambre... Al emparejar conmigo quedé parado, miróme como queriendo ocultar su rostro y me dijo: «Señor, hace tiempo que me encuentro sin trabajo y tengo hambre... si tuviese la bondad de darme una limosna...» Conmovido ante aquel espectáculo, aun comprendiendo que la limosna es un mal social y una vergüenza para todos, metí la mano en el bolsillo y entregué algunas monedas al desgraciado que no alcanzaba á comprender que no debía pedir limosna, puesto que tenía derecho perfecto á consumir de todo cuanto la naturaleza produce.

—Dónde trabajas? le pregunté.

—En la casa del rico marqués de H... he trabajado por espacio de 30 años, pero este señor me despidió hace poco, porque ya soy viejo y no soy tan fuerte para el trabajo; desde entonces yo y mis hijos pasamos hambre.

He aquí la obra de los tiranos! Utilizan al trabajador mientras le puedan sacar el jugo, y después al arroyo.

¡Pueblo! ¿Cuándo llegarás á comprender que no debes dejarte explotar y que debes luchar para el pronto advenimiento de una sociedad donde no puedan existir la miseria y el hambre y disfrutes de satisfacción y bienestar? Mientras esto no comprendas y te aprestes á conquistarlo, PASARÁS HAMBRE!

F. DOMINGUEZ PÉREZ

New York.

## Justicia burguesa

Los compañeros Andrés Pons Benajam y Francisco Rotger, acusados de coacción en una huelga, han sido condenados á dos meses y un día de prisión y multa de quinientas pesetas cada uno.

La declaración del que se suponía atropellado, que fué absolutamente favorable para los procesados y la de uno de los policías que se presentaron como testigos, permitieron al abogado D. Juan Orfila hacer una defensa que hacía esperar mejor resultado. —¿Por qué estará escrito en la ley eso de la defensa de los procesados, si luego los señores que han de sentenciar no escuchan si quiera á los abogados defensores?

Los señores magistrados prefirieron hacer caso del otro policía, el conocido Mateo, que hizo una declaración semejante á la del señor Inspector en el juicio del otro día, si bien el Mateo no llegó á decir que los procesados hubiesen hecho la *apología del crimen de la calle de Cambios Nuevos*. El guardia Mateo y el Inspector pertenecen ambos á la Adoración Nocturna, cuyas intenciones son ya tan conocidas.

*Nota bene.* El señor Presidente de la Sala sentenciadora de nuestros amigos ha estado en Mahón otras veces, y estaba también cuando los preparativos del célebre proceso que pasará á la Historia con el nombre de *Proceso de la Bomba Cafetera*.

## Luchemos...

¡Gloria al trabajo; lauros á la ciencia, que extirpa la ignorancia abominable! Extingamos el ocio detestable, y á luchar con valor é inteligencia...

El que se ve nadando en la opulencia dice que el trabajar es despreciable, cuando lo más absurdo y execrable es que el obrero viva en la indigencia.

Cese el escarnio; guerra al fementido, al inicuo tirano corrompido, vergüenza de los pueblos y la Historia; y, antes que permitir la vil escoria del déspota sayón empedernido, es preferible sucumbir con gloria.

R. DE CASTILLA MORENO

## ECOS Y COMENTARIOS

El próximo Congreso de la Federación Regional Española se celebrará en Madrid, por acuerdo de la mayoría de las Sociedades federadas.

Los días fijados son el 16, 17, 18 y 19 del corriente.

Es necesario que las Sociedades estudien los temas, envíen sus representantes y voten las cantidades con que han de contribuir á los gastos del Congreso.

La comisión permanente queda establecida en el Centro de la Costanilla de los Angeles, n.º 1.—Madrid.

\*\*

Ha sido denunciado y secuestrado el periódico *Salud y Fuerza*, de Barcelona, y procesado su director el compañero Luís Bulffi.

Las secciones de la «Liga de Regeneración Humana» que crean conveniente continuar la publicación de *Salud y Fuerza* pueden escribir á la redacción (Comercio 98, Barcelona) y se les enviará todo lo concerniente al periódico.

Los que tengan cuentas pendientes con la administración, sírvanse liquidarlas, para que puedan cumplirse todos los compromisos.

\*\*

La persecución burguesa ha hecho presa en nuestro compañero Blás Cortés Alaminos de Ubeda, reduciéndole á prisión.

En todas partes la justicia burguesa considera un crimen el trabajar por la emancipación del pueblo.

\*\*

Ha sido también denunciado y recogido el último número de *El Productor* de Barcelona.

\*\*

Han sido puestos en libertad algunos

compañeros de los que fueron presos en el *mitin del hambre*, celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona el último Carnaval.

Los que quedan todavía detenidos ignoran el por qué no se les pone en libertad, siendo, como fueron, encarcelados todos por igual motivo.

La compañera Julia Iborra ha ratificado en la prensa que fué maltratada de obra por la policía, cosa que desmintió el gobernador y que ella sigue sosteniendo.

*Suscripción para los compañeros presos en la cárcel de esta ciudad á consecuencia de las luchas obreras.*

2.ª SEMANA

	Pesetas
Suma anterior.	7'15
Juan Ferrer	0'25
Antonio Mir Pérez	0'10
Juan Orfila	0'15
Juan Juanes	0'25
Jaime Quintana	0'25
Antonio Bagur Aloy	0'30
Julio Cabello	0'25
Pedro Febrer	0'25
N. N. Libertario	0'30
A. M.	0'25
M. Bernasar	0'25
J. M. Zaragoza	0'25
Lucas Pons	0'25
Noguera	0'10
Lorenzo Cloquells	0'50
Jaime Payeras	0'15
Antonio Vidal	0'10
Lorenzo Barber	0'10
Genís	0'15
Alfredo Pi	0'25
Juan Salom	0'25
Jaime Jams	0'30
Lorenzo Arnau	0'25
Pedro Garriga	0'25
Juan Fortuny	0'25
Bartolomé Pons	0'10
Luis Vila	0'25
Antonio Marí (a) 14.	0'25
María Aragonés (a) 14 y 172	0'10
B. B.	0'20
José Sintés	0'25
Paco Mercadal	0'25
M.	0'25
Pedro Pons	0'10
J. Mir	1'00
Juan Manent	0'25
Juan Sintés	0'25
Manuel Rotger	0'25
Juan Rotger	0'30
José Ripoll	0'20
Bartolomé Caldentey	0'25
Andrés Llansó	0'10
Palmira	0'50
Polo	0'25
Fluxá	0'25
Mariano Mari	0'25
Lorenzo Vidal	0'25
Francisco Sintés	0'20
Cristóbal Pons	0'15
Antonio Vidal	0'25
Bartolomé Pons	0'25
María Mari	0'15
TOTAL.	19'75

## CORRESPONDENCIA

Vilasar.—J. C. Servimos los ejemplares que pides.

Ubeda.—M. C. El importe de los números enviados es de 90 céntimos. Sentimos el percance del compañero Cortés.

Godolleta.—V. G. Servimos suscripción. Puedes mandar el importe en la forma que indicas.

Barcelona.—J. M. Enviamos folletos. *El Productor*.—Recibidos libros. Falta *El Banquete de la vida* que incluyes en nota y no estaba en el paquete; suponemos que por olvido.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero».